

LA MEJOR ANECDOTA DE MONSEÑOR VÍCTOR SANABRIA

El buen hortelano no es el que esparce la semilla y la cuida hasta que brotan del seno oscuro de la tierra los primeros tallos; sino el que riega la planta y la deshierba al rededor y la defiende solícito hasta que da todas sus flores y rinde en sazón todos sus frutos. Así el ilustrísimo señor Arzobispo Monseñor Víctor Sanabria y Martínez seguía a sus sacerdotes con vigilante celo en toda su carrera, animando al tímido, enardeciendo al tibio, corrigiendo al momentáneamente extraviado.

Tenia el ilustre prelado el espíritu filosófico de Santo Tomás de Aquino y la modestia y sencillez de Francisco de Asís. Su estilo era claro como su entendimiento, elevado como su carac-

ter, puro como su vida, ordenado y metódico como su gobierno.

Conforme vaya pasando el tiempo, la figura de Monseñor Sanabria y Martínez irá elevándose al infinito. En varias épocas de su vida pudo creerse solo; tuvo en repetidas ocasiones contradictores y enemigos; pero cuando el ángel de la muerte llegó a conducirlo a la casa de la Eternidad, los rencores callaron. Hombres como este ilustre sacerdote, inspiran amor u odio; lo que nadie puede, aunque quiera, es mirarlos con indiferencia o desprecio.

Les decía a las gentes, desde los diferentes púlpitos que ocupó: "Combatid los vicios, haced amable la virtud por una caridad universal, ganad los corazones por la dulzura de vuestras palabras y la humildad de vuestra conducta. Oponed a la malicia del mundo, el candor y la

simplicidad de una conciencia pura; responded a sus censuras con la inocencia de vuestras costumbres y la integridad de vuestra vida; a su ingratitud, con nuevos beneficios; a sus calumnias, con buenas obras.

Nos contaba un buen amigo, que en una reunión de notables en la que se trataba el problema de la penetración comunista en Costa Rica y se discutía la forma y medios de conjurarla, Mons. Sanabria aprovechó la oportunidad para expresar su sano criterio y dar luces con relación a la mejor y más efectiva solución del problema. Después de haberse conversado largamente acerca de las condiciones sociales del mundo, y de la manera cómo podría Costa Rica regular las relaciones entre el capital y el trabajo, cada uno de los presentes en esa reunión expresó su criterio. La mayoría de las opi-



niones emitidas, se inclinaba porque la Iglesia Católica fuera la que llevara a cabo una labor conciliatoria por medio del púlpito, la prensa y la radio. Se quiso escuchar la palabra siempre serena y docta del Arzobispo desaparecido, y en forma muy respetuosa, los concurrentes notables, lo instaron para que ofreciera un camino de luz.

Monseñor Sanabria, cuyos consejos fueron seguidos por los costarricenses, expuso sus ideas, que tiempo después fueron llevadas a su inmortal Carta Pastoral de 29 de Junio de 1941:

Dijo así: "El mundo se debate en dos corrientes; la de los que todo lo poseen y la de los que nada tienen. Las ideas exóticas se combaten poniendo un poco más de justicia y caridad cristiana en todos los actos de nuestra vida. El salario es el índice más seguro para juzgar de la justicia o de la injusticia social predominante en una nación. En general se aprecia la mayor o menor injusticia de los salarios, por la mayor o menor suma de bienestar material y aun espiritual de que gozan las clases sociales que viven del salario, y que en todas partes constituyen el núcleo mayor de la sociedad. A juzgar por la miseria que reina en las viviendas de la mayor parte de los trabajadores, por la pobreza e insuficiencia de sus vestidos, por lo escaso y pobre de su nutrición y la de sus hijos, y por otros detalles que saltan a la vista, esos salarios no son suficientes en la gran mayoría de los casos, especialmente entre los trabajadores rurales. Hemos dicho que no son suficientes. Expresamente hemos evitado el calificar de injustos, porque son muchos los factores que es preciso considerar antes de determinar en concreto si hay injusticia en la asignación de los salarios y quien es el culpable,

si lo hay, de tal injusticia". Y aquella impresión que produjo Monseñor Sanabria en el ánimo de los distinguidos notables concurrentes a la reunión, se fue acrescentando con el tiempo hasta convertirse en un amor hacia su dignísima persona.

Tuvo después enemigos, tuvo envidiosos, tuvo ingratos, pero sus amigos y admiradores lo fueron cada día más fervientes.

Cuando el Ángel de la Eternidad, por orden de Dios, se inclinó respetuoso sobre el lecho del prelado moribundo y cortó suavemente el último hilo que ligaba aquella alma poderosa con el endeble cuerpo, la campana mayor de la Santa Iglesia Metropolitana, la Bernarda, vibró en los aires siguiéndole las demás de todas las iglesias de la república, llevando sus tañidos fúnebres a todos los hogares costarricenses que entristecidos, elevaron una plegaria al cielo, por el eterno descanso de uno de sus Arzobispos más grandes que tuvo Costa Rica.

Cuentan sus amigos íntimos que en una de las acostumbradas conversaciones con los señores sacerdotes, en el Palacio Arzobispal, este hombre ilustre enfocó maravillosamente la doctrina social cristiana y después de explicarla serena y doctamente, manifestó entre otras cosas que todos estábamos en la obligación de escuchar la queja de los menesterosos; que los afortunados deberían ser más comprensivos y humanitarios y tener más corazón. Que así, de esta manera, se podía salvar el mundo. Y para terminar la interesante conversación, que a juicio de algunos de los señores sacerdotes, fue una de las más valiosas del Arzobispo desaparecido, con su dulce voz, dijo: "Señores sacerdotes: NO LE PODEMOS ENSEÑAR EL PADRE NUESTRO A QUIEN TENDRÁ NE HAMBRE!!!"